

EL VOLCÁN

Lola Suárez

El misterio del collar

ANAYA



*Para la explotación en el aula de este libro,
existe un material con sugerencias didácticas y actividades
a disposición del profesorado en nuestra web.*

© Del texto: Lola Suárez, 2016
© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., 2016
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com
email: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

1.ª edición, febrero 2016

Ilustraciones: Gerardo Domínguez
Diseño: Manuel Estrada / Grupo Anaya

ISBN: 978-84-698-0906-8
Depósito legal: M-291-2016

Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas en este libro son las establecidas por la Real Academia Española en la *Ortografía de la lengua española*, publicada en el año 2010.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

EL VOLCÁN

Lola Suárez

El misterio del collar

ANAYA



Para las Lubas.

1

La estancia era bastante agradable, los sillones no estaban pegados a la pared ni presentaban esa uniformidad que los hace tan impersonales. Más que en la antesala de una firma de abogados, a Peter le parecía estar en una habitación destinada a reuniones de amigos. Se acercó a la ventana, levantó el visillo y miró la ancha avenida. Se entretuvo contemplando el tráfico, ya abundante a esas horas de la mañana. Volvió a tomar asiento en una butaca roja y se arrepintió de no haber llevado algo para leer y entretenerse durante la espera, que se estaba haciendo larga. Entonces apareció Doria en el pasillo al que se abrían las puertas de los diferentes despachos.

—¡Ayúdame! ¡Se me cae! —Peter no pudo ocultar su asombro.

—Pero ¿qué traes ahí? —Se apresuró a liberar a la chica de un bulto grande, rectangular, bastante pesado e incómodo de sujetar.

Doria no le contestó, se limitó a empujarlo hacia la salida, sosteniendo a su vez, un estuche de lo que parecía terciopelo negro deslucido y muy ajado. Se despidieron cortésmente de la recepcionista y, una vez fuera, la chica se apoyó en la pared y soltó la carcajada que llevaba conteniendo desde que viera la cara de asombro de Peter.

—¡«Eso» y «esto» —dijo, señalando los objetos que ambos cargaban— son «mi» maravillosa herencia...! ¡Menos mal que Helena nos convenció para no celebrar anoche mi futura riqueza comprando la botella de cava! Anda, vamos a ver si entre los dos remolcamos este mamotreto. Ya lo veremos en casa.

—Pero ¿qué es? Parece un cuadro...

La chica lo interrumpió.

—Es un cuadro. Ya me ha aclarado el abogado que su valor es solo sentimental. Parece que mi tía abuela coleccionaba este tipo de objetos, antiguallas de poco precio, que era lo que se podía permitir.

Peter no parecía dispuesto a abandonar los sueños que habían tejido desde que la citación de la firma de abogados llegara a su casa.

—¿Y el estuche? ¿Qué hay en el estuche? Igual es algo valioso. ¿Lo has mirado?

Su amiga negó con la cabeza, mientras le mostraba una llavecita, tan deteriorada como el terciopelo.

—El abogado me ha dado el estuche abierto, le he echado una mirada así, por encima... ¡No te ha-

gas ilusiones, Peter! En el estuche hay un collar de piedras amarronadas irregulares, por lo que me pareció ver, mal engarzadas y, además, incompleto... Vaya, otra de las baratijas sentimentales de mi tía.

Mientras hablaban, habían salido a la calle. Hacía bastante frío y el viento soplaba fuerte en la avenida, lo que les dificultaba el transporte del cuadro embalado. La atravesaron a duras penas y llegaron a una calle paralela, ancha, flanqueada por tiendas y bares, de los que salía un apetitoso aroma a café y tostadas: muchos estudiantes, embozados en anoraks y bufandas, tomaban su desayuno. Ya en el edificio donde vivían, tuvieron algún problema para meterse los dos con el engorroso bulto en el ascensor. Cuando llegaron a su piso, los esperaba Helena, con la puerta abierta y llena de expectación.

Pasaron al salón de la casa, una habitación amplia y luminosa, con un gran ventanal que daba a la calle. Los chicos soltaron su carga en la mesa redonda sobre la que almorzaban y estudiaban cada día. Mientras Doria contaba a su compañera los resultados de la visita al bufete de abogados, Peter había ido a la cocina, de la que volvía armado con un cuchillo y unas tijeras enormes. Muertos de curiosidad, rodearon la mesa y procedieron a desembalar el cuadro. No fue fácil liberar la pintura de sus envoltorios: quienes la habían preparado no escatimaron en medios. Después de quitar un bramante lacrado que ataba el paquete, encontraron

un grueso cartón, una tela de fardo, papel de estraza y, por fin, el cuadro, con el marco protegido por cuatro esquineras de madera.

Doria lo colocó sobre el sofá, apoyándolo en el respaldo para que los tres pudieran contemplarlo con mejor perspectiva que la que les ofrecía la pintura sobre la mesa. Durante algunos minutos, lo miraron en silencio. No era gran cosa: el retrato de una mujer vestida de negro sobre un fondo de cortinajes rojos pintados de forma bastante tosca. Lucía una melena muy larga, de tonos rojizos y aspecto artificial que recordaba a la cabeza de Medusa. La piel de la cara y las manos era muy pálida, de un blanco casi enfermizo. Tenía una mano descansando sobre las haldas, sosteniendo lánguidamente un pañuelo de encaje negro como toda su vestimenta. La otra la acercaba al cuello, medio cerrada, como si sostuviera algo, casi protegiendo algún objeto que el artista no llegó a pintar. En el rostro, alargado, resaltaban los ojos. Eran de un verde excesivo, brillante, casi vivo. Se comían el resto de las facciones, una nariz larga, algo aguileña y la boca de labios finos y gesto desdeñoso, poco amable. La Dama tenía la cabeza algo inclinada sobre el pecho, y la mirada, que parecía en principio estar dirigida hacia la mano que sostenía el pañuelo, se rebelaba y, a pesar de los párpados medio cerrados, lanzaba sus rayos verdes a todo el que la contemplara. Quizás debido a ese gesto, algo ladino, a la inclinación

forzada de las cejas que enmarcaban aquellos ojos de párpados pesados, el cuadro no era agradable de contemplar, la imagen representada producía un sentimiento cercano al rechazo.

—¡Bueno! —habló por fin Doria—. ¡Pues aquí tenemos mi herencia! ¡Qué señora más... más rara! No sé si me gusta o no.

Peter se había ido acercando a la pintura y parecía embrujado por la mirada verde de la desconocida. Helena, por el contrario, retrocedió hasta tomar asiento en la silla más alejada del sofá. No quitaba sus ojos del cuadro y parecía nerviosa. Había empalidecido.

—¡No me gusta! ¡Nada! ¡Es espantoso! —Se levantó, entró en su habitación y cerró de un portazo. Sus amigos se miraron, asombrados.

—Pero ¿qué le pasa ahora? —Doria se acercó a la puerta de su compañera y tocó con los nudillos—. ¡Helena, mujer, no te lo tomes así! ¡No es un Picasso, pero tampoco está tan mal!

Esperaron, y no hubo respuesta. Peter se sentó en el sofá junto al cuadro, sin dejar de contemplarlo.

—Resulta curioso, me ponga donde me ponga, parece que siempre me mira. Prueba a moverte por toda la habitación, ¡no te pierde de vista!

La chica hizo lo que Peter le indicara y comprobó, no sin asombro, que no podía escapar a los ojos verdes de la Dama.

—¡Oye, es verdad! —Sintió un ligero escalofrío—. Da un poco de repelús, ¿no crees?

Su amigo negó con la cabeza:

—¡En absoluto! A mí me parece un retrato magnífico, impactante. Me hubiera encantado conocer a esa mujer. ¿No te parece bastante misteriosa?

Doria se echó a reír y le palmeó la espalda.

—¡Eres demasiado! ¿Ya te has enamorado otra vez? ¡Mira que a «esta» no te la vas a encontrar en clase o de bares!

12

—No te burles, en serio que encuentro esta pintura espectacular. Fíjate en la fuerza de esos ojos, en la energía que parecen tener las manos...

Doria miró más atentamente las manos de la Dama. De nuevo se sobresaltó: los dedos parecían muy bien definidos, pero le recordaban vagamente las garras de un ave de presa, preparadas para no soltar lo que cogieran. No dijo nada a Peter, que seguía examinando cada milímetro del cuadro con verdadero interés. Se levantó y se dirigió a la cocina. Preparó café y sacó unas galletas. Sirvió tres tazas y, una vez de nuevo en la sala, llamó a Helena. La chica salió de la habitación, aceptó el café y les sonrió tímidamente.

—Perdónenme la reacción... ¡Por favor! No sé qué me ha pasado. —Se acercó al cuadro y se obligó a mirarlo detenidamente. Tomaron el café en silencio, como dando tiempo a que Helena aceptara la pintura.

—Bueno, está claro que nunca va a gustarme. ¿No encuentran que desprende algo extraño? —Peter se echó a reír.

—¿Te refieres a un aroma raro o algo así? ¡Huele un poquito a humedad, pero a nada más. Realmente estaba muy bien embalado.

Helena negó con la cabeza, sin apartar sus ojos de la Dama.

—¡No seas tonto! ¡Sabes perfectamente que no estoy hablando de olores, colores o algo tan fácil de detectar! Me refiero a..., bueno, van a reírse, pero me parece que ese cuadro me transmite...

Antes de que la chica acabara la frase, sus compañeros de piso se miraron y la concluyeron a coro:

—¡Malas vibraciones!

Los tres acabaron la charla con grandes carcajadas. Pero, a pesar de la aparente alegría, una sombra de preocupación nublaba la mirada de Helena.

—Mira, Helena, para que no tengas que verlo presidiendo nuestra sala, lo voy a colocar aquí, en este ángulo de la pared que queda casi oculto por las estanterías, así aprovecho que ya hay un clavo.

Mientras hablaba, con la ayuda de Peter, Doria colgó el cuadro, que quedaba parcialmente tapado por los libros y encarado al balcón por el que entraba la luz a la sala.

—¿Ves?, de esta manera queda detrás de tu sillón favorito, no tienes que verlo para nada. Estoy segura de que acabarás por darle la misma importancia

que al otro cuadrito que había ahí... Por cierto, hay que ponerle el cristal, antes de que doña Maruca nos haga una visita y descubra que se nos ha roto su «obra de arte». ¡Ya se molestó bastante cuando cambiamos los muebles de sitio.

Los chicos habían llevado al trastero del piso los pesados muebles del comedor que la señora tenía en la habitación y la habían convertido en una agradable sala de estar, donde estudiaban, se reunían en torno a la televisión y hacían, de vez en cuando, alguna comida con sus amigos. Además de las estanterías, que cubrían totalmente una pared, había una gran mesa redonda con cuatro sillas, todas diferentes, siempre llena de libros y apuntes, un sofá desvencijado con profusión de cojines algo ajados y dos sillones. Uno de ellos, cubierto por un tapiz de alegres colores, era el que en el piso se conocía como «el trono de Helena». Lo había encontrado una noche junto a un contenedor de basura y lo había remolcado ella sola hasta la casa. Unas cuantas alfombras de diversos colores acababan de dar calidez a la estancia, junto a unas macetas de violetas y pensamientos. En un par de mesitas, también rescatadas de la basura por ellos, se amontonaban botes de té, una cafetera eléctrica, algún incensario y cajas llenas de lápices. Era imposible mantenerla ordenada, pero los chicos se encontraban a las mil maravillas en la sala y era su habitación favorita. Prueba de ello era que siempre estuvieran los ordenadores

ocupando sitios tan variados como la esquina de una mesa, un asiento o, directamente, la alfombra. Generalmente había un par de jerséis, y alguna bufanda tiradas sobre los sillones, pero estas cosas no molestaban a nadie.

Doria entró en su dormitorio a coger un abrigo y salió con el estuche abierto en las manos.

—¡Vaya! Con el revuelo que ha armado esa señora, nos hemos olvidado de esto. —Colocó el estuche sobre la mesa y sacó el collar.

—¡Cómo pesa! ¿Qué te parece, Helena? ¿Sientes «malas vibraciones» también?

—¡Tú riéte, riéte, pero yo sé lo que me digo! —La chica cogió el collar que Doria le ofrecía.

—Es bonito... Mira, le faltan piezas y tiene rotos algunos engarces... ¿Qué son estas piedras? ¿Te lo dijo el abogado? ¡A lo mejor son valiosas! —Volvió a colocar el collar en el estuche y su dueña procedió a cerrarlo con la llavecita.

—No tengo ni idea del tipo de piedra que pueda ser, pero ya me aclaró el abogado de mi tía que no tienen más valor que el sentimental. ¡En fin! Cuando tenga tiempo, intentaré llevarlo a algún joyero, a lo mejor me dan una sorpresa y el abogado está equivocado... ¿Te imaginas? ¡Sería estupendo que me dieran algo de dinero por él!

Peter esperaba a las chicas, ya en la puerta. Cargados con sus libros, los tres jóvenes salieron del piso hablando animadamente hacia sus respectivas

clases. La casa quedó en silencio. Cuando el cuadro se inclinó hacia el lado opuesto a la estantería, haciendo visible el rostro completo de la Dama, no hubo nadie en la sala para escuchar el roce del cordel mientras resbalaba sobre el clavo que lo sostenía...

Índice

Capítulo 1	7
Capítulo 2	17
Capítulo 3	26
Capítulo 4	41
Capítulo 5	49
Capítulo 6	55
Capítulo 7	66
Capítulo 8	75
Capítulo 9	92
Capítulo 10	122
Capítulo 11	129



Serie juvenil

Doria recibe como herencia un cuadro y un collar. Desde el momento en que los objetos llegan al piso que comparte con otros dos estudiantes, empiezan a ocurrir fenómenos extraños: olores raros, sueños inexplicables... Una situación que se volverá insostenible y que la llevará, junto a sus amigos, a buscar el origen del legado recibido.

ISBN 978-84-698-0906-8



158042

9 788469 809068